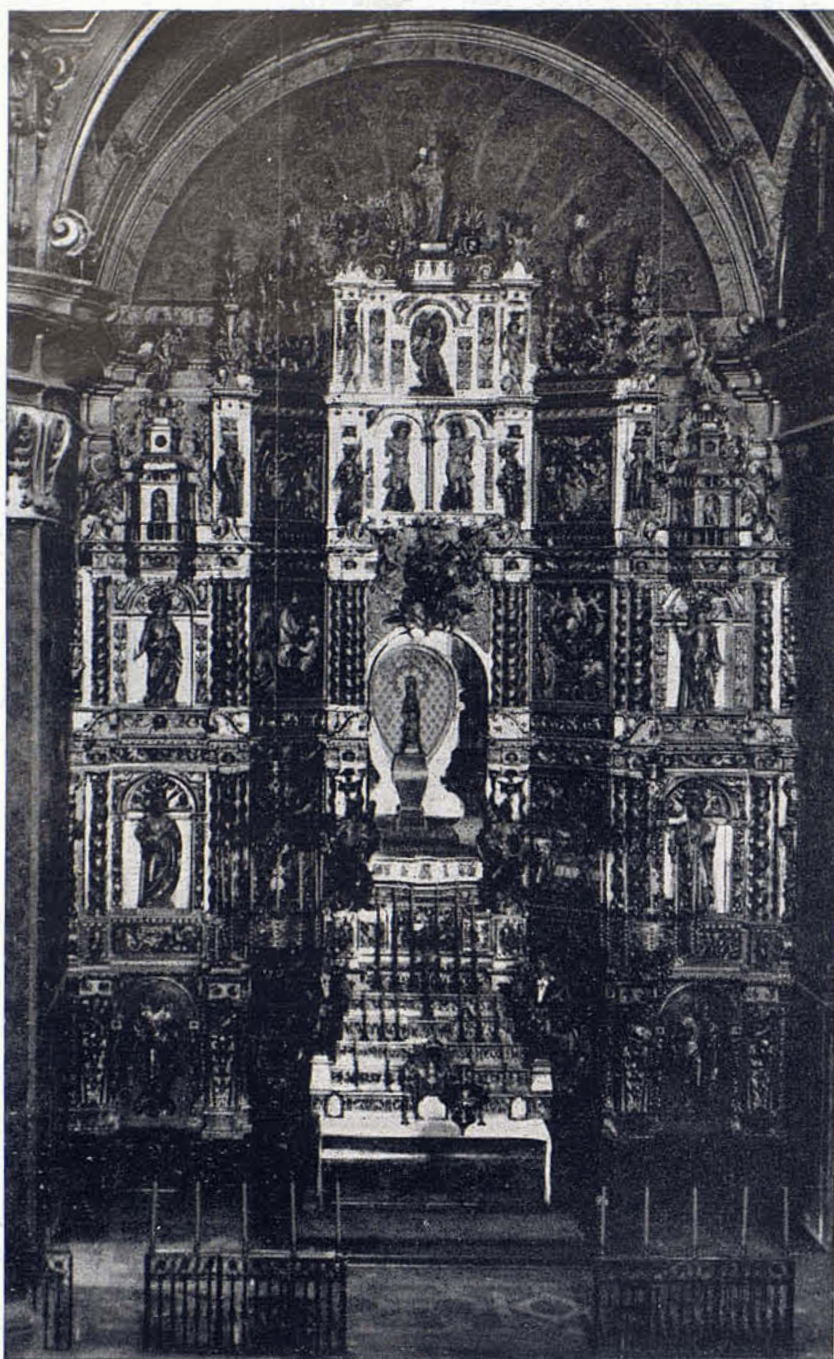




El altar
en la
actualidad

Crónica de Obras

Reconstrucción del altar mayor del Santuario de La Gleva

Arquitecto : D. José M.^a Pericas

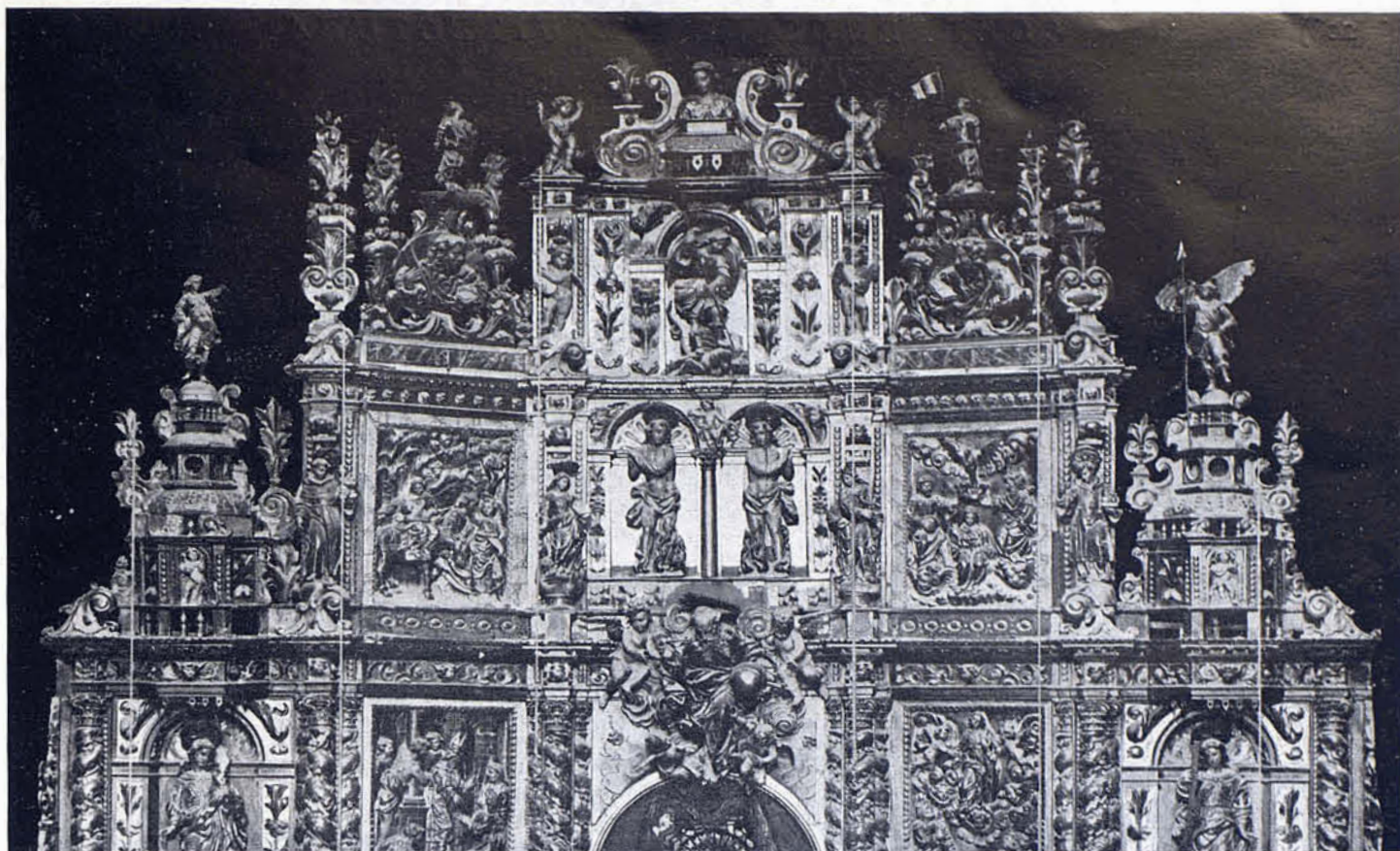
Características :

La revolución marxista destruyó un sinfín de obras maestras de nuestro arte barroco, cuyo valor no podrán apreciar jamás las generaciones venideras. De vez en cuando, entre tanta desaparición, o por la generosidad de un donante, o por conservarse restos de importancia, siempre por el acendrado amor de una feligresía, resucita una de estas obras devoradas por la guerra. Tal es el caso

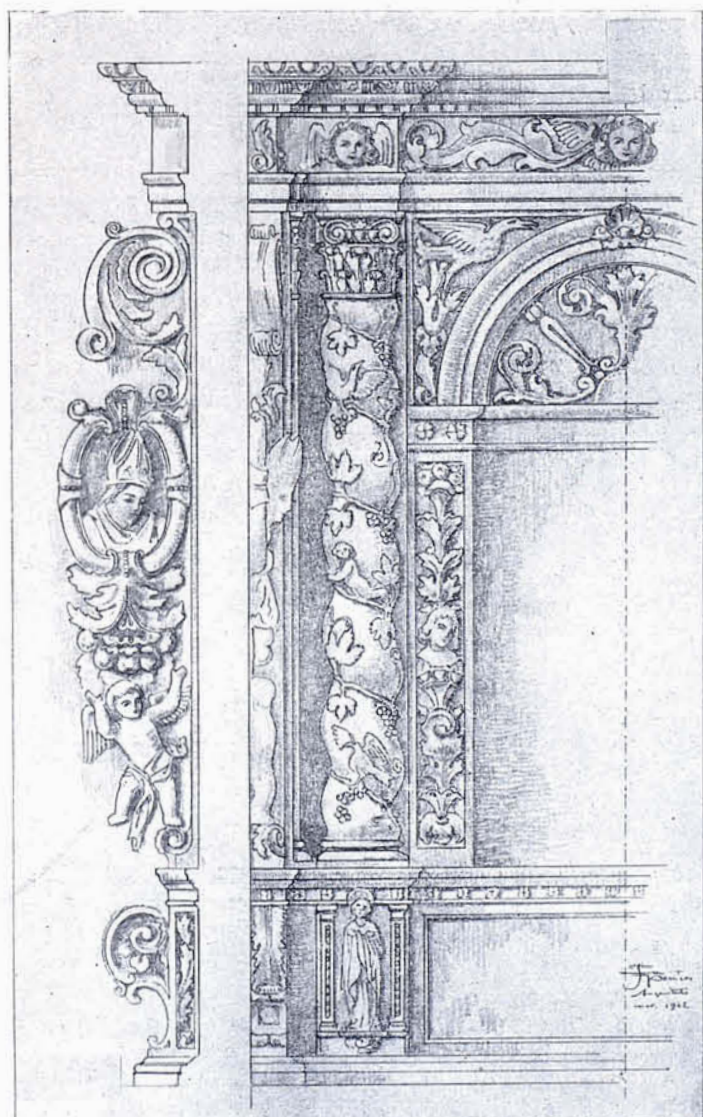
del altar mayor de la iglesia de La Gleva, cerca de Vich, en la provincia de Barcelona.

El altar desaparecido era obra del siglo XVII, confiada a los escultores manresanos Francisco Farriol y Pablo Sunyer, que lo labraron entre los años 1680 y 1688, por el precio de 1,500 libras, sin comprender el dorado, que no se realizó hasta entre 1717 y 1719, por el dorador Joaquín Soler, quien cobró por su obra 400 doblas. Es de notar que ya en 1688 se colocó en lugar preferente del retablo, no una imagen de nueva factura, sino la venerada desde antiguo, correspondiente al postrer románico, la cual subsistió hasta 1936, cuando las turbas enloquecidas destruyeron las imágenes y los altares, con los demás objetos del mobiliario litúrgico.

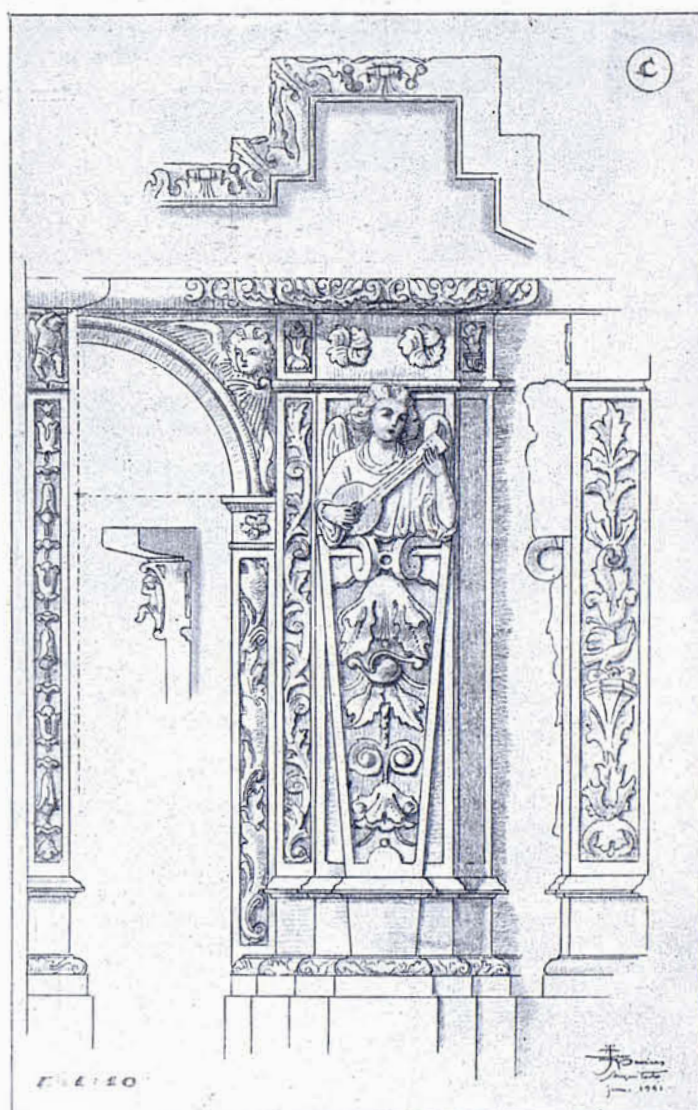
En el 2 de octubre de 1759 un rayo causó graves destrozos en el santuario y mutiló seriamente el retablo, dejándolo, al decir de una antigua nota, como si el rayo «s'hagués begut l'or». El templo



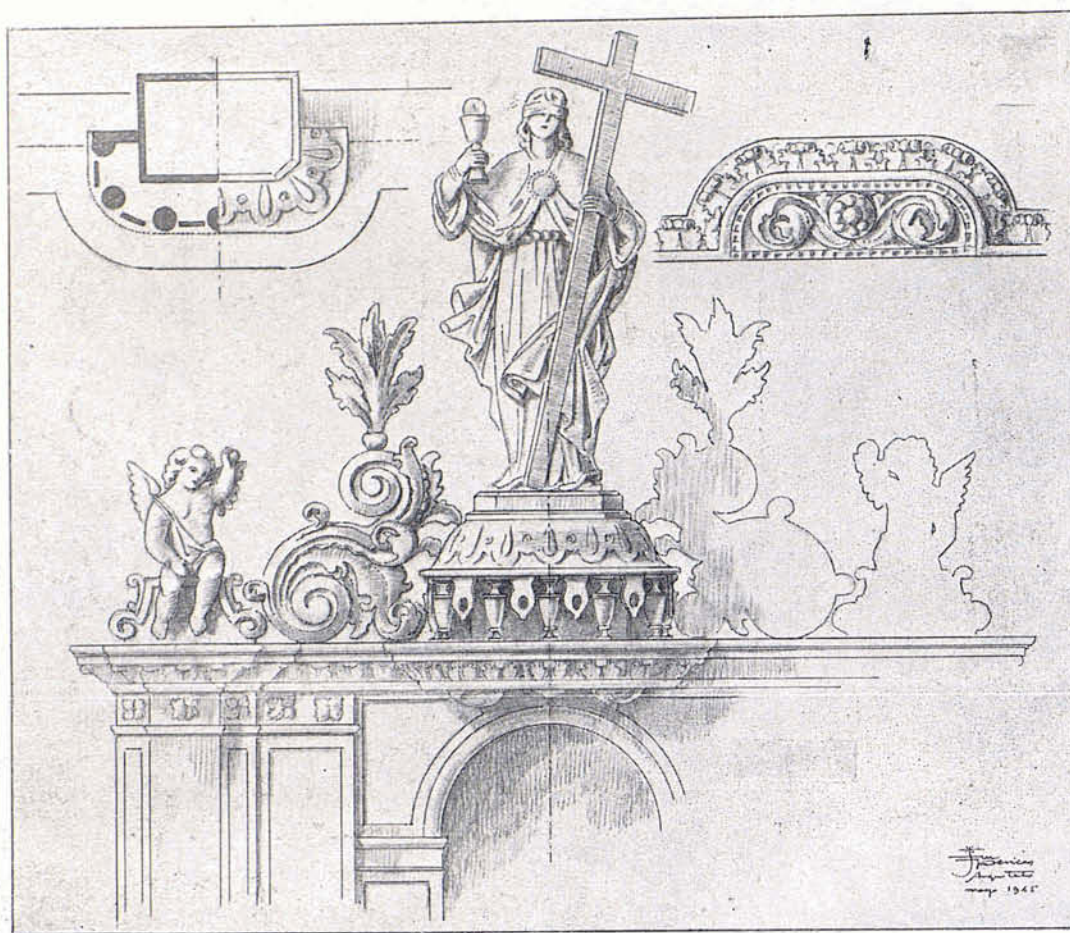
Parte alta del altar con anterioridad a 1936



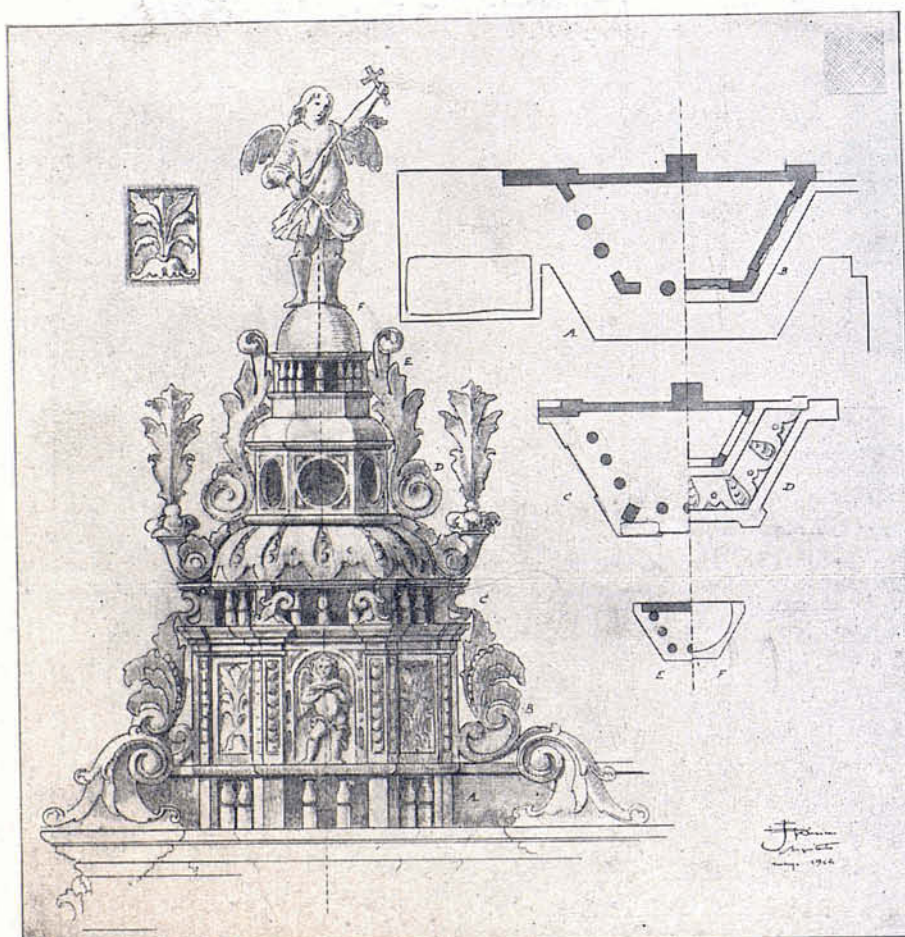
Sección y alzado del cuerpo medio del altar



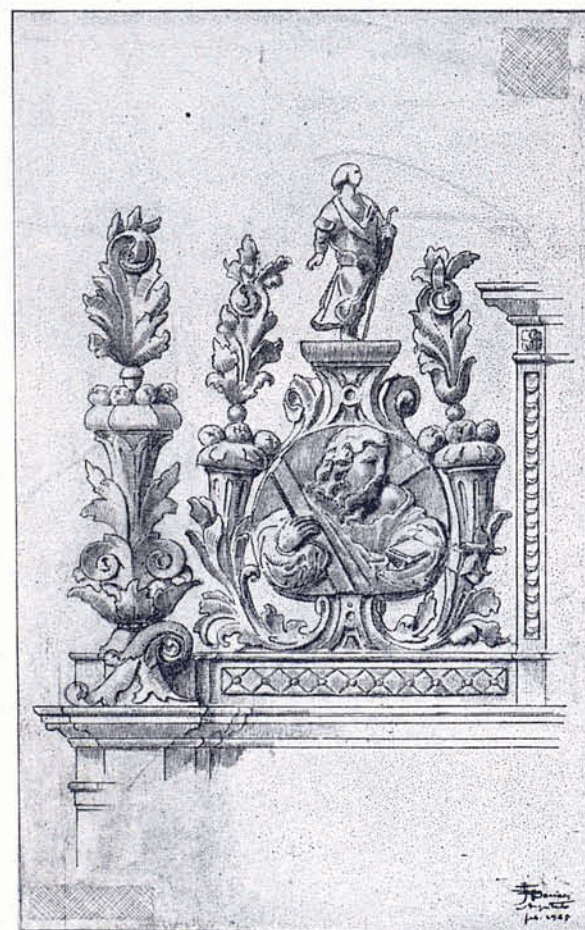
Alzado y planta de un fragmento del altar



Remate central



Remate lateral

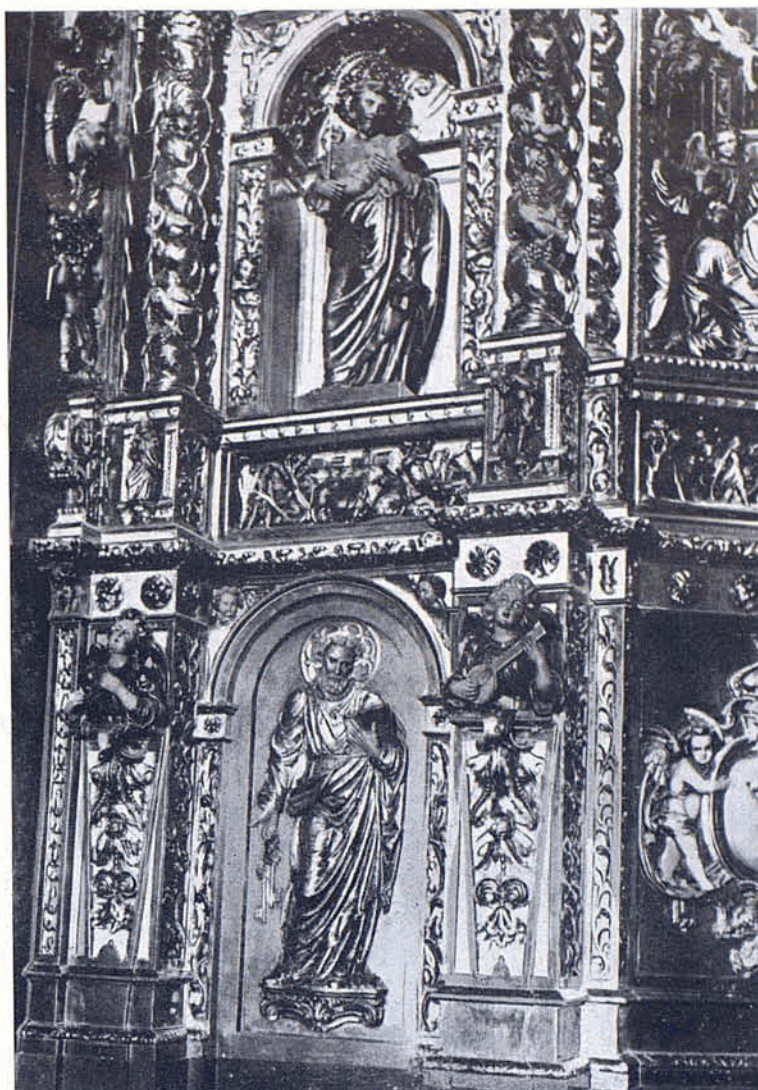


Remate lateral



Uno de los montantes del cuerpo bajo del altar actual

Fragmento del altar destruido en 1936



tuvo que renovarse, y así se hizo según planos del constructor Morató, inaugurándose en 6 de septiembre de 1767. Pudo aprovecharse el magnífico retablo obrado por Farriol y Sunyer, pero las mutilaciones fueron subsanadas con poco acierto, aprovechándose en forma torpe y desdichada algunos elementos salvados, y completándose el conjunto con otros de dibujo y ejecución aun menos acertados.

El Arquitecto señor Pericas, al hacerse cargo de la reciente reconstrucción, ha sometido todos los puntos de vista interesantes al reactivo de su sentimiento del estilo, permitiéndose variar dichos elementos terminales para equipararles en dignidad y unidad de estilo con la parte baja del retablo, según puede apreciarse en los grabados que se acompañan.

La reconstrucción, hecha a base de buenas fotografías, se ha logrado con paciente fidelidad, y puede decirse que el señor Pericas, como lo prueban los adjuntos dibujos, ha reencarnado la prestigiosa obra, en cuya labor le han secundado dignamente el escultor don José M.^a Camps Arnáu, que ha labrado todas las imágenes del retablo,

en exacta concordancia con las antiguas, y los talleres de las Escuelas Salesianas, que han cuidado de ejecutar los elementos decorativos, sujetándose escrupulosamente a los diseños facilitados por dicho Arquitecto.

Creemos que esta reconstrucción substituye dignamente el antiguo retablo, no sólo en su finalidad litúrgica y suntuaria, sino también como eslabón interesante de la historia de nuestro Arte, ya que en él puede ser estudiada y apreciada una extensa gama de las características del mismo.

Lástima que el efecto deslumbrante de tan valiosa obra no se vea acompañado por la decoración del presbiterio, ejecutada a base de profusos, complicados e inexpresivos dibujos de «tropa» en 1886. Es de esperar que el templo de La Gleba, que cuenta con numerosos devotos, algunos de ellos de brillante posición social, no se verá por mucho tiempo falto del indispensable marco de unas pinturas confiadas a mano maestra, en adecuada relación con la esplendidez del retablo cuya brillante resurrección reseñamos.